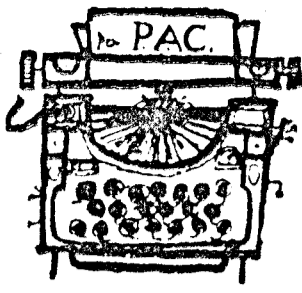


escrito a máquina

reflexiones en la
semana de
Resurrección

El "más allá"
del
nicaragüense"



Esos perritos de barro que con tanta frecuencia aparecen en los entierros o huacas indígenas prehispánicas eran los compañeros y guías de los difuntos indios en el largo camino que debían recorrer, desde que morían hasta que llegaban a Micltlan, el norte o la morada de los muertos, que para algunas culturas nuestras era el mismo "Lugar del origen" (el "paraíso recuperado") donde el muerto pasaba a ser astro, o espíritu, o dios. Esa era la creencia, más o menos variada y adornada de leyendas y mitos, que nuestros antepasados indios tenían sobre la muerte. Para ellos "la vida es perecedera, pero indestructible la energía vital". "Lo corpóreo era sólo una apariencia, una de las muchas apariencias que podía adoptar aquella energía". La existencia del hombre en la tierra la consideraban, por tanto, como etapa de un camino. "Nuestra morada permanente no está aquí en la tierra. Sólo por un breve tiempo, sólo el tiempo necesario para calentarnos pudimos osar venir a la tierra, por la gracia de nuestros dioses", leemos en la "Historia de los mexicanos por sus pinturas". Sin embargo, la poesía nahuatl está llena de interrogaciones sobre el misterio de la muerte: "¿Hay aún alegría, hay aún amistad allí?". Y en otro canto: "¿Es que en vano llegamos y pasamos por la tierra? ¿Nada mi nombre ha de ser alguna vez?"... Aunque nuestros indios creían en la inmortalidad del alma (del "yulio" como decían los nicaraguas) la muerte significaba la pérdida del cuerpo para siempre.

Sobre esa creencia se injertó, en nuestro pueblo, la fe cristiana. La Buena Nueva del cristianismo se basa sobre un hecho histórico pero al mismo tiempo escandaloso para la mente humana: la Resurrección de Cristo. Es este hecho revolucionario acerca del misterio de la muerte el que da todo su sentido de la vida al Cristianismo. La vida en ESTE mundo, el destino del hombre "aquí", la tabla de valores que el hombre ha de usar para conducirse en la tierra, para pensar en la tierra y para realizarse en ella —dependen para el cristiano de un muerto que ha resucitado. Un sepulcro vacío es lo que llena de un sentido completamente nuevo la vida del hombre después de Cristo.

Sin embargo, este hecho fundamental (por causas que sería largo exponer o analizar en este escrito) no fue marcado con todo su relieve, no ocupó el centro dinámico que debía ocupar en la evangelización de América. Las circunstancias y las preocupaciones de la Cristiandad en el momento en que se cristianizó este continente presionaron para que los misioneros y la Iglesia toda, dieran más relieve o énfasis a otros aspectos de la doctrina cristiana. Naturalmente que siempre aparecía en el fondo, como el hecho fundamental del cristianismo, la resurrección de Cristo, pero la pastoral usada desde la Conquista hasta ayer nomás, valorizó tanto otros aspectos de la Religión que el hecho revolucionario de la Resurrección pareció opacarse y ciertamente redujo su potencialidad transformadora en la fe del nicaragüense. Mientras la vida cristiana se encasillaba excesivamente en la rutina del culto, este culto insistía, también excesivamente, en el Cristo sufriente dejando en la penumbra el Cristo victorioso. Un ejercicio piadoso tan popular, (y tan lleno, no hay duda, de dramática belleza) como el Vía Crucis, puede ser un símbolo de esa pastoral: el Vía Crucis termina en la sepultura de Cristo y olvida la última pero decisiva estación —que valora y baña de una luz nueva todas las demás: la Resurrección. También nuestra Semana Santa tradicional es excesivamente pasional y poco resurreccional. No sé hasta dónde este desplazamiento de la atención y devoción del creyente hacia la Pasión y Muerte —dejando en la penumbra la Resurrección— debilitó el dinamismo transformador del cristianismo, su gran impulso optimista y creador, y ayudó indirectamente a fomentar nuestro ancestral fatalismo. Nuestra predicación ha sido demasiado tétrica, en oposición a veces diametral con la maravillosa alegría optimista y liberadora del Evangelio.

De hecho el nicaragüense actual no parece haber avanzado mucho respecto al indio en su concepción de la muerte. Seguimos creyendo en la inmortalidad del alma pero la muerte cada día adquiere, en nuestras creencias latentes y nuestras actitudes, mayor espesor de tétrica sombra infranqueable. Los eufemismos burlescos con que el nicaragüense, por su idiosincrasia, alude con frecuencia a la muerte —"la pelona", "la quirina", etc.— apenas logran cubrir su temor al negro misterio. En nuestros funerales, misas de difuntos, novenarios y costumbres —por ejemplo, en nuestra forma de conmemorar el 2 de Noviembre— lo que se advierte es solamente un residuo muy débil de la Esperanza cristiana. El vía crucis del dolor humano parece detenerse en el sepulcro —predominando, a lo sumo, la idea de descanso— pero sin que la vida encuentre allí ninguna ilu-

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

minación para su optimismo o para su transformación.

Es en algunos grupos de cristianos jóvenes, o en cifras individuales de gran fe y vivencia cristiana —a veces en ambientes populares, sin mayor formación religiosa, que parecerían incapaces de tan honda espiritualidad— donde la fe de Resurrección nos deslumbra con su hermosa luz vital entre lágrimas. Porque el Mensaje de Esperanza del Evangelio no suprime el auténtico dolor de separación de la muerte y de su miseria. Cristo lloró cuando la muerte de Lázaro pero inmediatamente destruyó la desolación de aquel trance. Con la muerte se abandona, se deja una etapa humana (también el niño llora, dice Gregorio Magno, al salir a la luz del claustro materno) pero, por la Resurrección, la muerte ha dejado de ser un hecho absoluto y final. El hecho decisivo no es ya la muerte sino la Resurrección. “El término de la perspectiva humana, con relación al cual comprende el hombre, ora su vida presente, ora la misma muerte que parece acabar con él, ese término no es por cierto —dice Féret— la muerte, sino la resurrección”. Después de Cristo la muerte se halla tan lejos de ser el hecho dominante para el cristiano, que —según escribió San Pablo— ni siquiera puede decirse que todos los hombres morirán (pues, en la segunda venida gloriosa o “parusía” de Cristo, los que estén vivos, vivos pasarán a la otra vida), en cambio todos, sin excepción alguna, resucitaremos como Cristo resucitó. Hay, por tanto, para el creyente, una especie de transferencia de primacía del misterio de la muerte al misterio de la vida. No se trata solamente de la inmortalidad del alma. Se trata de un cambio total en la concepción y valoración de la vida, de la materia, del cuerpo y del mundo. Es el hombre entero el destinado a la inmortalidad. Y algo más: es también “su” mundo el que sobrevivirá. Como dice el citado dominico Féret, leyendo las Escrituras, nuestra visión de la muerte y la vida se invierten totalmente: “porque no son los vivientes los que irán definitivamente adonde los muertos, sino los muertos los que volverán donde los vivos, en un mundo ya completamente renovado. Y así hemos llegado a la primera de todas las verdades que la tradición bíblica nos propone acerca de los difuntos: hela aquí: los muertos resucitarán el último día de los tiempos mesiánicos que estamos viviendo. Seremos de nuevo vueltos a este mundo, al mundo en que El Señor cumplió sus designios, al mundo en que se encarnó, en el que murió y resucitó y a donde volverá glorioso, el último día como Rey y como Juez”.

Esto transforma la valoración del destino humano sobre la tierra. Nuestra obra sobre el mundo y en el mundo tiene una importancia inconcebible, no sólo porque según ella seremos juzgados, sino porque preparamos (con el Amor) la venida del Señor.

Pero hay algo más. Marta dice a Jesús, cuando la muerte de Lázaro, que ella cree en la resurrección en el último día. Y Cristo le agrega una seguridad inmediata y mayor: “Yo soy la resurrección y la vida, aquel que vive y cree en Mí no morirá” y para probarlo resucita a Lázaro. Es decir: Cristo suprime la muerte. Quien vive en El no muere. Como dice la liturgia de la Iglesia: “la vida se muda, no fenece”.

PABLO ANTONIO CUADRA